ERAN DE RISA

SE reían cuando era tiempo
de sacar a beber las fieras
indomables, cuando se abrían
las jaulas hondas y unas tiernas
y mansas lágrimas se echaban
a lamer suelas de soberbia.

Se reían y eran cobardes;
aprovechaban la inclemencia
de la noche y el despoblado
para entrar a manos siniestras
en las dulzuras apagadas,
en las corolas entreabiertas.

Defecaban en los jardines
cuando la luna era más nueva,
cuando la planta se ponía
más al alcance de las piedras.

No comprendían que una copa
hubiera sido calavera
antes que polvo, antes que nada,
antes que ser lo que antes era.

Se reían cuando volvían
los iniciados de la pesca,
de darle hilo a la esperanza,

de darle río a la paciencia,
y juncos finos como espadas
a las orillas de la pena.

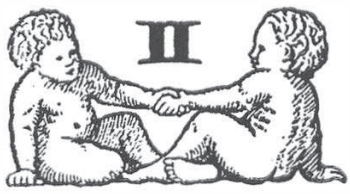
Desenterraban, arrancaban
oros vivos y joyas muertas,
y con mortajas aún de sangre
pintaban trágicas banderas.

Se reían porque eran muchos,
porque tenían las caderas
llenas de fuerza y no crecían
en sus dominios las palmeras.

Se reían si se pisaba
sus largas faldas la inocencia,
se reían del que creía
que hubo una vez una princesa
que se casó con un pastor
y cambió tronos por ovejas.

Se reían y eran cobardes
desertores, eran miseria
salpicando los virginales
arbotantes de la belleza.

Eran de risa, se reían
de su sombra que era más negra.
Se reían, sí. Pero nadie
se inclinaba sobre su tierra.



JOAQUÍN FERNÁNDEZ